

por hacerse. En ese sentido, considero que la publicación del estudio de Martín Bowen y de la confesión general de José Ignacio Eyzaguirre constituye un gran aporte para la investigación histórica de la sexualidad y de las masculinidades en la Hispanoamérica colonial.

MAGALLY ALEGRE HENDERSON

Pontificia Universidad Católica del Perú

CURATOLA PETROCCHI, Marco y José Carlos DE LA PUENTE LUNA (eds.). *El quipu colonial. Estudios y materiales.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013, 443 pp.

En la actualidad, vivimos rodeados por muchos aparatos creados con el solo propósito de digitalizar y retener todo lo que nosotros, naturalmente, no podemos. A menudo nos cuesta creer que, siglos atrás, existieron complejos sistemas de registro que cumplían su función de manera tan exacta como el quipu. Nos sorprende que una cuerda anudada, algo muy sencillo y rudimentario a primera vista, pueda contener una enorme cantidad de datos imprescindibles, tanto numéricos como descriptivos. Este libro colectivo, editado por Marco Curatola Petrocchi y José Carlos de la Puente Luna, se centra en rebatir la teoría de que los quipus fueron un instrumento exclusivo del periodo incaico, explicando su evolución y preeminencia durante el virreinato como un sistema no verbal de registro y conteo administrativo y religioso que, además, facilitaba la recolección del tributo y la entrega de encomiendas.

El texto se divide, como el título sugiere, en dos partes. En la primera, los artículos seleccionados estudian las funciones del quipu durante la Colonia, resultado del llamado «choque histórico». La contabilidad y el acto de la confesión (como bien se estipula en el texto de John Charles) son viabilizados a partir de estas cuerdas, hechas de lana teñida o algodón y codificadas por medio de distintos colores, como el rojo, que representaba el pecado sexual, o el gris, que denotaba la mentira. Es asombroso

cómo las distintas tonalidades, todas cargadas de un fuerte simbolismo cristiano, facilitaban la comunicación entre los sacerdotes e indios. No obstante, Regina Harrison señala que el quipu no se limitaba a invitar a quien lo interpretara a utilizar la vista y el idioma, sino también las manos. Este instrumento requería ser acariciado, por lo que su estética se vinculaba con la sensibilidad táctil.

Ahora bien, es evidente que los quipus, considerando su origen pagano, llegaron a ser condenados como instrumentos idolátricos. En el artículo de Gary Urton titulado «El pecado, la confesión y el arte de llevar libros y cordeles: una exploración intercontinental y transcultural de la contabilidad y la gobernabilidad», se explica cómo pasaron a ser herramientas útiles para que los nativos aprendieran la liturgia y recordaran sus pecados al momento de confesarse. Se enfatiza el rol del quipu como un elemento articulador de dos tradiciones prácticamente incompatibles e independientes, de tal manera que sus historias, paralelas hasta 1532, se fusionan abruptamente. Lo anterior, claro está, da a entender que los sistemas contables en los Andes eran suficientemente complejos como para denotar formas negativas de comportamiento personal y fueron adoptados por el nuevo régimen para conservar registros sobre la confesión de pecados. Es refrescante observar que la comunidad española optara por utilizar un sistema predominantemente «analfabeto» como fuente primordial para dejar huellas en los registros escritos, como bien exponen John R. Topic y Karen Spalding en sus estudios.

La segunda parte del libro, versada en examinar casos más específicos e inéditos, analiza la forma en que los creadores de los quipus posteriores a la conquista incorporaron nuevas categorías (como las nuevas variedades de ganado traído de la metrópoli) y las codificaron. Se observa que esta tecnología, heredada desde épocas previas al incanato, sobrevivió y evolucionó para convertirse en una herramienta para la contabilidad tributaria. En particular, el artículo «Contar concertando», escrito por los propios editores, resalta cómo la conquista en sí, que transformó a los reinos indígenas en meras comunidades de campesinos, también «colonizó» sus tecnologías nativas. El quipu, por lo tanto, empezó a ser utilizado en conjunción con las letras; de esta manera, se transcribió una

buena parte de lo que declaraban sus cuerdas. La información que poseían no fue despreciada por los españoles, sino que fue, en múltiples casos, registrada y legitimada en documentos de naturaleza oficial. Los quipus constituyeron una auténtica fuente de conteo, un vestigio del antiguo mundo inca que no desapareció del todo, sino que pudo acompañarnos hasta la actualidad.

El uso de los quipus en la Colonia se ejemplifica en el artículo de Luis Miguel Glave, «El quipu que los indios de Parinacocha presentaron al licenciado Polo», donde se revela que en dichas cuerdas se registró una lista de materiales empleados a lo largo de un determinado conflicto bélico. Adicionalmente, estas «cuerdas indias» ofrecían información histórica (datos más relevantes que una mera enumeración), al igual que testimonios sobre derechos con respecto a los cacicazgos (como conflictos de sucesión), la producción dentro de las haciendas y sobre negocios en sí, como bien lo explica Donato Amado Gonzales en su artículo. Los quipus, de aquella manera, constituyeron una herramienta fundamental para el buen manejo de las tierras, como también de las minas, según se observa en otros textos, como el de Carmen Salazar-Soler, que habla del caso de Potosí, o el de Lucila Castro de Trelles, que se enfoca en el conteo del ganado en Tulpo. Los objetivos que persiguen los artículos de Mónica Medelius y el titulado «Las peticiones en quechua del curato de Chuschi», de Alan Durston y George Uriote, son un tanto distintos: ellos pretenden rescatar la función administrativa de los quipus tanto para detallar las cuentas de las autoridades andinas como para fomentar el discurso en lengua quechua (que luego era traducido al castellano), respectivamente. En este último caso, se destaca que, si bien el uso del quipu «no pasa de ser una hipótesis», cada vez se acepta con mayor seguridad que tuvo un fin aún más trascendente que el confesional, en concreto uno legal y evidentemente burocrático.

El libro, en líneas generales, logra acentuar la figura del *quipucamayoc* como «guardián» institucionalizado de la veracidad de la información contable en su respectiva provincia, mientras que otorga agencia a los quipus, catalogándolos como un objeto esencial para el buen funcionamiento del sistema virreinal. Como bien explica Galen Brokaw en su

genial artículo sobre la recepción de estos en el siglo XVI, eran, junto con los testimonios orales, uno de los únicos medios confiables que podían registrar información esencial sobre el gobierno, la historia y la sociedad andina.

Como es de esperarse, algunas precisiones dentro de los propios artículos, ya sean respecto de la función de los quipus o del hecho de que fueron complementados por la escritura, son enfatizadas constantemente. Sin embargo, el texto no resulta redundante, sino todo lo contrario: es una compilación sobresaliente e integral con respecto a un tema que recientemente ha despertado mucha curiosidad, a pesar de la limitada cantidad de materiales para su estudio que ha logrado traspasar la barrera del tiempo.

Cabe resaltar, entonces, el valor de este trabajo como texto histórico innovador. Se trata de un esfuerzo colectivo muy bien logrado, en el que se puede apreciar que el quipu fue (y es) más que un mero conjunto de cuerdas y nudos. Es a partir de estos distintos enfoques e interpretaciones, producto del gran ingenio y análisis de tantos historiadores prominentes, que se puede alcanzar un nivel mucho más profundo de conocimiento sobre la relevancia del quipu dentro del sistema colonial.

Ante el creciente interés y producción de estudios referentes a esta tecnología tan compleja y enigmática, *El quipu colonial. Estudios y materiales* se posiciona como un libro de gran utilidad para llegar a un entendimiento satisfactorio de un elemento prehispánico que logró insertarse exitosamente dentro de los parámetros del mundo colonial. Lamentablemente, los únicos realmente capaces de leer los quipus eran sus respectivos creadores, por lo que nosotros, herederos de estas herramientas maravillosas, estamos relegados a vivir observando cómo, en cada fibra, se encierra una infinidad de datos que permanecerán en secreto.